

AUTOPERCEPCIÓN DE LA IDENTIDAD EN LA TRANSICIÓN A LA EDAD ADULTA

Self-perception of identity in the transition to adulthood

Juan de Dios Uriarte Arciniega

Universidad del País Vasco

Resumen

La complejidad social de los países desarrollados, junto a la peculiaridad de los factores socioculturales de cada país y el protagonismo del sujeto en su propio desarrollo, están condicionando las diferentes trayectorias en el paso de la adolescencia a la edad adulta. La investigación que se presenta tiene por objeto profundizar en la autopercepción de la identidad personal y describir los procesos psicológicos que favorecen la madurez psicológica y la autonomía personal a pesar de mantener relaciones y estados de dependencia familiar y económica. Se han encuestado a un total de 231 varones y mujeres, de edades comprendidas entre los 19 y los 30 años de edad, para saber cómo se definen en relación con su identidad personal y cuáles son las razones que les lleva a tal percepción. Los resultados demuestran que hay hasta cuatro identidades diferenciadas en la década de los 20 a los 30 años, basadas en un proceso subjetivo del desarrollo del yo individual orientado hacia la madurez psicológica, más que en otros acontecimientos sociales más o menos normativos.

Palabras Clave: *Trayectorias evolutivas, adultez temprana, identidad adulta, adultez emergente.*

Abstract

The social complexity of developed countries, along with the peculiarity of the sociocultural factors of each country and the subject's protagonism in his own development are conditioning the different paths in passing from adolescence to adulthood. The objective of the research presented is to delve into the self-perception of personal identity and to describe the psychological processes that favour psychological maturity and personal autonomy despite maintaining relations and states of family and economic dependence. A total of 231 men and women were surveyed, between 19 and 30 years of age, in order to define themselves regarding their personal identity and the reasons that led them to that perception. The results show that from the 20s to the 30s there are up to four different identities based on a subjective process of the development of the individual ego directed towards psychological maturity, more than in other social events that are more or less regulated.

Key words: *Evolutionary paths, early adulthood, adult identity, emerging adulthood.*

Correspondencia: Juan de Dios Uriarte Arciniega. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Escuela de Magisterio de Bilbao. Universidad del País Vasco. Avda de Ramón y Cajal, 72. 48014. Bilbao. E-mail: juandedios.uriarte@ehu.es

Introducción

La psicología del desarrollo está interesada en profundizar en todas las etapas del ciclo vital, sin embargo se constata que las investigaciones y publicaciones sobre la edad adulta son cuantitativamente menores que las que se orientan hacia la infancia, la adolescencia o la tercera edad, cuando resulta que la adultez es la etapa más extensa temporalmente y en cierto sentido la meta del desarrollo de la infancia y la adolescencia. Después de la adolescencia, cuando la madurez biológica está casi plenamente alcanzada, los procesos psicológicos están muy determinados por la particular historia del individuo, la asimilación de la experiencia, las tareas del desarrollo a las que se debe hacer frente, los factores culturales y los valores dominantes del medio, con frecuencia factores variables de unas sociedades a otras y temporalmente cambiantes dentro de una misma sociedad. Se podría decir que la complejidad de la organización social y la variabilidad de los contextos vitales explicarían tanto la diversidad de las características normales del desarrollo individual como las diferentes trayectorias evolutivas que se siguen en la construcción de la identidad y la asunción de los roles adultos (Gaviria, 2007; Van de Velde, 2005). En la década de los 20 años los jóvenes también son partícipes activos de su propia evolución personal y, en consecuencia, el presente no depende sólo del pasado sino de cómo se proyectan hacia el futuro, de las expectativas y las propias creencias sobre el desarrollo adulto (Dávila, 2004; Zacarés y Serra, 1996).

La década de los 20 a los 30 años carece de una denominación evolutiva específica: adolescencia prolongada, adultez emergente (Arnett, 2000), adultez temprana, juventud, lo cual indica la dificultad para delimitar conceptualmente toda la riqueza y variabilidad psicológica de estas personas. Es sobre todo una fase de transición desde una etapa del desarrollo psicológico bastante conocida como es la adolescencia a otra, la edad adulta, cuyos perfiles están en continuo cambio. Un período caracterizado principalmente por la progresiva autonomía, la madurez psicológica, la productividad y la capacidad de ocuparse de personas dependientes. Una década de trayectorias personales diferentes, pues mientras unos prolongan el estado de dependencia familiar, continúan formándose y disfrutan de las relaciones y el ocio, otros en cambio asumen con normalidad las tareas del desarrollo para las cuales han estado formándose: independencia personal, de residencia, incorporación al trabajo, constitución de nueva familia, en definitiva tareas y retos sociales propios de los adultos. Mientras que las tareas del desarrollo adulto siguen siendo fundamentalmente las mismas, la edad en las que las personas las afrontan son muy variadas, y el conjunto de comportamientos propios y ajenos que se consideran adecuados o no a la edad (el "reloj social") están socialmente determinados (Neugarten y Neugarten, 1986). En definitiva, la edad en la que las personas se incorporan a la edad adulta varía de unas sociedades a otras, de unas épocas a otras y está condicionada por la extensión temporal de la adolescencia (Schaie y Willis, 2003). La sociedad adulta difiere en el grado en que favorece y alienta el acceso al estatus de adulto o prolonga el estado de dependencia padres-hijos. (Cecchile, 2001; Dolto, 1990).

Independencia y adultez

Los investigadores del desarrollo humano afirman que la transición a la vida adulta no depende tanto de factores biológicos como de acontecimientos sociales, los cuales procuran al joven la independencia necesaria para ser adulto. K. Schaie y S. Willis (2003) señalan cinco acontecimientos sociales importantes que marcan el inicio de la vida adulta: La finalización de la formación académica y profesional; el trabajo y la independencia económica; el vivir independiente respecto de los padres; el matrimonio; y tener el primer hijo. Con anterioridad a ellos otros autores (Bromley, 1966; Erikson, 1973; Havighurst, 1952; Levinson, 1977; Riegel, 1975, en G. Craig, 1988) han destacado fenómenos sociales semejantes y las implicaciones en los cambios de roles sociales, con las consiguientes modificaciones en los procesos psicológicos subyacentes: Identidad, autoconcepto, responsabilidad, estabilidad emocional, etc. Hoy en día se cuestiona este planteamiento y en cada caso distintos acontecimientos personales y sociales pueden ser relevantes para contribuir a la identidad adulta de los jóvenes.

Junto a la clase social y el género de pertenencia (Neugarten y Moore, 1968, en G. Graig, 1988) los cambios económicos, demográficos y culturales de los países industrializados están incidiendo en la aceleración o retraso en la transición de la adolescencia a la edad adulta (Gentile, 2006; Pérez y Echarri, 2007; Rusconi, 2005): ampliación de los años de educación superior y mayor presencia de la mujer, retraso en la edad de incorporación al mundo laboral, notable incremento del empleo femenino, experiencias de cohabitación entre iguales sin relaciones afectivas entre sus miembros, relaciones de parejas de hecho que demoran la maternidad / paternidad hasta los 30 años aproximadamente, hijos que nacen sin una relación de pareja estable, etc. Pero el comportamiento de los jóvenes no es ajeno de las actitudes de los padres: unos estimulan la independencia de los hijos a partir a los 20 años mientras que en el sur de Europa, por ejemplo, son los padres quienes prolongan la dependencia padres-hijos, bajo la idea de que pueden hacer casi todos los planes personales sin necesidad de abandonar el hogar familiar. Estos padres creen que sus hijos de 20 / 30 años no están preparados para afrontar los retos sociales de la vida adulta como en su día lo estuvieron ellos. En definitiva, la manera en que los jóvenes de hoy en día se comportan, sienten y piensan es diferente de los jóvenes de años atrás y los investigadores deben actualizar constantemente sus conocimientos. Es en estas nuevas condiciones donde los jóvenes deben construir la propia identidad, alcanzar la autonomía mental y emocional, madurar psicológicamente y ser responsables, la mayoría cohabitando con sus padres, sin responsabilidades familiares y con distinto grados de dependencia económica y material. Algunos autores se posicionan claramente a favor de la idea de que es posible ser adulto sin ser plenamente independiente (Cichelli, 2001; Hoffman, Paris y Hall, 1996)

La identidad personal

La construcción de la identidad es un proceso constante del ser humano que responde a la necesidad de ser uno mismo en el tiempo. En cada etapa del desarrollo el sujeto debe realizar una nueva forma de organización psicológica o ajustes del yo

personal y social que le permita afrontar las necesidades internas y las exigencias del medio (Corral y Pardo, 2001). En los primeros años de la edad adulta, los jóvenes forman la identidad abandonando la “identidad adolescente” (Gould, en G. Graig, 1988), experimentando nuevas formas de convivencia, de residencia y de actividad que marcan trayectorias discontinuadas y diferenciadas culturalmente (Van de Velde, 2005), pero que principalmente gira en torno al establecimiento de relaciones íntimas y la incorporación al mundo laboral (Arnett, 2007; Schaie y Willis, 2003), alternado con los estudios o con períodos de inactividad. Algunos jóvenes se plantean construirse a partir de vivir independientemente de los padres (Gaviria, 2007), pero en la actualidad la identidad adulta se construye también internamente a través de la maduración psicológica (Torres y Zacarés, 2004; Zacarés y Serra, 1996) y aparece notablemente disociada de la edad o de los nuevos estatus sociales (Pappámikail, 2005). Las nuevas condiciones socioeconómicas de los países industrializados están así favoreciendo una identidad transitoria de “joven para siempre”, no adolescente ni adulto, que tiene los derechos y las ventajas de ser adulto pero con libertad y autonomía suficientes para decidir sobre sus asuntos pero sin las obligaciones, compromisos y responsabilidades adultas (Uriarte, 2005)

La identidad personal se forma en las relaciones con los demás significativos, sean de edades y estatus semejantes, diferentes o complementarios y según capten sus proyecciones. Los jóvenes entre los 20 y los 30 años configuran una gran variedad sociológica, que influye en sus interacciones y en las perspectivas de desarrollo psicológico y social. Sentirse adolescente, adulto o no tener una identidad aún definida es principalmente un estatus social; la edad cronológica es sobre todo un referente demográfico. Se diría que el joven de la década de los veinte años llegará a sentirse adulto cuando los amigos, los compañeros sentimentales, los padres, los superiores y otros adultos le consideren y le traten como adulto. Lo que ocurre es que entre los veinte y los treinta años de edad pueden darse simultáneamente diversos estatus de edad, pues se solapan las relaciones en grupos y contextos diferentes, condicionados en parte por la edad cronológica y en parte por variables sociales con los cuales el joven se identifica: trabajadores, estudiantes, en paro, viviendo con sus padres o por su cuenta, casados o sin pareja, con hijos, etc. La experiencia que para uno es relevante en su identidad como adulto tal vez no sea la misma que para sus coetáneos. No se trata meramente de una cuestión sociológica sino de cómo la complejidad social puede determinar el hecho de sentirse al mismo tiempo con más de una identidad (adolescente y adulto) o identidades difusas (ni adolescentes ni adulto) entre jóvenes de la misma edad. En consecuencia, en la transición de la adolescencia a la edad adulta se debe estar atento a las trayectorias individuales “no normativas” en cuanto que pueden ser generadoras de inestabilidad y de estrés (Arnett, 2006). Acceder al primer empleo, casarse o divorciarse, tener el primer hijo o vivir independientemente son experiencias generadoras de cierta ansiedad. Pero cuando los acontecimientos ocurren en el tiempo, en la secuencia esperada y responden a los objetivos esperados no serán necesariamente sucesos estresantes (Clemente, Córdoba y Gimeno, 2002; Schaie y Willis, 2003).

Teniendo en cuentas estas referencias teóricas, la presente investigación pretende profundizar sobre las diferentes trayectorias que los jóvenes siguen desde los 19 años hasta la edad de los 30 años, período de tiempo denominado como adultez

temprana, adultez emergente o juventud según diferentes perspectivas psicológicas o sociológicas, y en particular sobre los criterios por los cuales unos se autoperciben como adolescentes al tiempo que otros se autoperciben como pertenecientes a la edad adulta.

Metodología

Participantes

Inicialmente se encuestaron a 285 personas de ambos sexos de 18 a 53 años elegidas por disponibilidad y procedentes de alumnos asistentes a diversos cursos de psicología y educación, de los cuales se seleccionaron por la idoneidad para los objetivos del estudio a los comprendidos entre los 19 y los 30 años de edad. La muestra definitiva quedó configurada por 231 sujetos con una edad media muy cercana a los 23 años, 74 varones, 32,03% y 157 mujeres, 67,97%.

Instrumento

El instrumento utilizado es un cuestionario creado específicamente para esta investigación que incluía unas preguntas “cerradas” de elección múltiple y otras “abiertas”, adecuadas para recoger la información relevante al objetivo planteado: edad, sexo, la formación académica alcanzada o en curso, la amplitud de su jornada laboral en el caso de que tenga trabajo remunerado, las responsabilidades familiares, las personas que dependen de él/ella, si se autopercibe adulto o adolescente y de qué depende esa autopercepción, específicamente se pregunta a los adolescentes las condiciones que deberían darse para acceder al estatus adulto y cómo se perciben en función del trato que recibe en su entorno significativo.

Procedimiento

Los datos recogidos han sido analizados cuantitativa y cualitativamente. Por un lado se presentan resultados de análisis descriptivos y de análisis diferenciales sobre la autopercepción declarada en relación con la edad, el sexo, la ocupación laboral, las responsabilidades familiares y el modo en que perciben el trato de personas significativas de su entorno. Cualitativamente se realizó un análisis de contenido de las respuestas abiertas – palabras o frases con sentido pleno. Se clasificaron separadamente las respuestas de los autodeclarados adolescentes y de los autodeclarados adultos y posteriormente se contabilizaron la frecuencia de las expresiones contenidas en cada categoría para así establecer un orden de prioridad de los criterios. La idoneidad de la metodología cualitativa está justificada tanto porque se carece de instrumentos más contrastados que puedan incluir opciones de respuesta que se desconocen y no se esperan, como por el carácter exploratorio de la investigación y el análisis inductivo de los datos (Albert Gómez, 2007).

Resultados cuantitativos

La muestra está compuesta por 231 sujetos, edad media de 22,99 años, desviación típica: 3,1; La distribución por edades y sexos es asimétrica: 72,30% menores de 25 años, 27,70% mayores de 25 años, 32,03% varones y 67,97% mujeres.

Los ítems “se considera adolescente” y “se considera adulto” se presentaron como preguntas independientes con el fin de recoger posteriormente las razones de su elección, las cuales son examinadas de forma cualitativa más adelante. De los 231 que respondieron al cuestionario, el 33,91% declaró considerarse adolescente mientras que el 66,09% no se consideraba adolescente. Al mismo tiempo el 66,38% manifestaba sentirse adulto frente al 33,62% que decía no considerarse adulto. Salvo un cierto porcentaje de “desajuste”, inicialmente parecía que las respuestas eran complementarias: quienes se percibían como adolescentes respondían que no se consideraban adulto y al revés, quienes no se percibían como adolescentes respondían que se consideraban adultos. El análisis posterior mostró que eso no era exactamente así. Entre los 19 y los 30 años los jóvenes se perciben de cuatro formas diferenciadas, según el estudio conjunto de las respuestas a las preguntas *se considera persona adulta* y *se considera persona adolescente*. Hay dos autopercepciones claras y excluyentes entre sí, el 50,44% se considera adulto-sí y el 17,54% se considera adolescente-sí, al mismo tiempo que otras dos autopercepciones son más difusas y no excluyentes: 15,79% se considera tanto adolescente-sí como adulto-sí y el 16,23% se percibe como adolescente-no y adulto-no, es decir, el 32,02% de los sujetos no tiene una autopercepción de la identidad que se ajuste a la dicotomía adolescente-adulto, sino que manifiesta una identidad que contiene aspectos que para él son propios del adolescente y al mismo tiempo del adulto, o que no se reconoce ni se siente perteneciente a los adolescente ni a los adultos.

Las edades medias de los grupos varían según su identificación. Los que se perciben como adulto-sí tienen una media de edad 24 años, los autodeclarados adolescente-sí tienen una edad media más baja 21,17 años, mientras que entre ambas puntuaciones se encontrarían los grupos de identidades no delimitadas. El análisis de la varianza refleja que existen diferencias significativas de las edades medias de los grupos según la percepción de su identidad. Cuando son conformados 3 grupos: adulto-sí, adulto-no, *en-duda*, las diferencias son estadísticamente significativas y la asociación entre las variables es moderada $F=11,885$; $Eta=0,368$; $Eta(2)=0,136$; $Sig.=0,000$; las diferencias significativas se encuentran principalmente entre los que se declaran adulto-sí y los adulto-no: Scheffe F-test: 14,02; sig. al 99%; y entre los adulto-sí y *en-duda*: Scheffe F-test: 7,26; sig. al 99%. Cuando se conforman 4 grupos de identidad: adulto-sí, adulto-no, adulto-sí y adolescente-sí, adulto-no y adolescente-no, las diferencias entre las medias de edad son significativas y la asociación entre variables también es moderada: $F=.11,947$; $Eta=0,371$; $Eta(2)=0,138$; $Sig.=,000$; igualmente las diferencias más significativas se hallan entre los que se declaran adulto-sí y los adulto-no: Scheffe F-test: 9,33, sig. al 99%; entre adulto sí y el grupo adulto-no y adolescente-no: Scheffe F-test: 3,95, sig. al 99%; las diferencias no son tan notables en las restantes comparaciones intergrupos.

Los resultados también indican que la variable sexo no parece influir en la autopercepción de la identidad, sea el caso de la formación de 3 grupos de identidad (*Chi-S*: 4,67 $p=0,0968$, *Coef. Cont*: 0,14, *Cramer's V*: 0,14), como cuando se incluye en el análisis a los 4 grupos (*Chi-S*: 5,8, $p=0,1218$, *Coef. Cont*: 0,16, *Cramer's V*: 0,16).

La ocupación laboral es notablemente baja en el conjunto de la muestra: el 75,44% manifiesta no tener ocupación laboral alguna o que es de escasa intensidad, menos de 10 horas semanales, mientras que el 24,56% señala que tiene una actividad laboral superior a las 10 horas semanales. La ocupación laboral no se distribuye homogéneamente entre los sujetos ni en función de la edad ni en función de su identidad autopercebida. Entre los más jóvenes, grupo de 19/21 años, la inactividad laboral llega hasta el 96% de la muestra mientras que entre los de más edad, grupo de 28/30 años, el 64% declara realizar más de 10 horas semanales de trabajo remunerado. La relación estadística entre los cuatro grupos de edad formados y la variable "ocupación laboral" indica que es significativa y que la asociación es bastante notable: *Chi-S*: 67,93; $p=0,0001$, *Coef. Cont.*:0,48, *Cramer's V*: 0,31.

Entre quienes se declaran adolescente-si las respuestas de *ninguna* actividad laboral y en su caso *menor de 10 horas semanales* alcanza el 85,88% mientras que entre los que se perciben adulto-si es del 68,42%; en consecuencia entre los adultos hay un porcentaje más alto de personas ocupadas laboralmente. El análisis de la relación entre los grupos de identidad establecidos y la "ocupación laboral" muestra una relación importante entre estas variables, tanto si se consideran los 3 grupos de identidad (*Chi-S*: 18,35 $p=0,0054$, *Coef. Cont.*: 0,27, *Cramer's V*: 0,2), como cuando se analizan con los 4 grupos (*Chi-S*: 21,33, $p=0,0113$, *Coef. Cont.*: 0,29, *Cramer's V*: 0,18). En definitiva a medida que aumenta la edad, aumenta la ocupación laboral y la autopercepción de la identidad adulta.

Las responsabilidades familiares son muy pequeñas entre los encuestados, solamente 12 sujetos, el 5,19%, respondió que tiene uno o más familiares a su cargo, mientras que la mayoría, el 94,80% manifiesta que no tiene ninguna responsabilidad familiar (94,8%). Teniendo en cuenta la tan escasa presencia de la variable en la muestra y su irregular distribución es esperado que no se aprecien diferencias en las responsabilidades familiares y personas a su cargo entre los distintos de edad (*Chi-S*: 6,15, $p=0,4071$, *Coef. Cont.*: 0,16, *Cramer's V*: 0,1) ni entre grupos de identidad, sean considerados 3 ó 4 grupos: (*Chi-S*: 4,51, $p=0,3408$, *Coef. Cont.*: 0,14, *Cramer's V*: 0,1), (*Chi-S*: 4,87, $p=0,561$, *Coef. Cont.*: 0,14, *Cramer's V*: 0,1).

La identidad personal se construye también en las relaciones con los demás significativos: familia, amigos, profesores, superiores laborales y otros, según el modo en el que le consideran y en el estatus que el sujeto capta que es tratado: como *igual*, *mayor* o *menor* al estatus que se tiene y se siente. Los resultados señalan que el conjunto de los encuestados considera y siente que los amigos son los que mejor le tratan en función de su identidad, independientemente de cual sea ésta: el 87,39% responde que los amigos le tratan *igual* a lo que son y sienten, seguidos por los profesores y jefes laborales, 76,96%, el trato de *igual* en la familia es del 68,7%, y en último lugar el trato de igual por parte de otras personas de su entorno es del 58,7%. Por otro lado, el sentirse tratado como *mayor* de lo que uno es y se siente ocurriría en mayor medida en el ámbito comunitario, 15,22%, seguido por el trato familiar 8,26%, el de los amigos, 7,83%, y el de los profesores o jefes laborales, 6,96%. Es también en el ámbito comunitario donde destaca que el 26,09% siente que le tratan como *menor* de cómo es y cómo se siente, por delante de la percepción del trato como *menor* en el ambiente familiar, el 23,04%; el 16,09% capta así como *menor* el

trato de sus profesores o superiores laborales, y en escasa cuantía, el 4,78% percibe el mismo tipo de trato entre sus amigos.

La percepción del trato familiar en relación con el estatus social y la identidad personal de los jóvenes se completa con la pregunta sobre cuánto *le consultan los padres y tienen en cuenta su opinión en asuntos que son importantes para ellos o para la vida familiar; es decir, sobre asuntos que no son de importancia exclusiva del joven*. Las opciones de “bastantes veces” y “siempre” alcanzan conjuntamente el 63,91% de las respuestas, mientras que las opciones “nunca” y “algunas veces” suman el 36,09%.

Existe una relación estadísticamente significativa y una asociación moderada entre la variable “percepción del trato familiar” y la variable “si son consultados por los padres sobre asuntos familiares”: *Chi-S*: 17,95, $p= 0,0064$, *Coef. Cont.*: 0,27; *Cramer's V*: 0,2.; entre los que se declaran adolescente-si la asociación entre estas variables es relevante pero no suficientemente significativa: *Chi-S*: 9,65%, $p= 0,1404$, *Coef. Cont.*: 0,33; *Cramer's V*: 0,25, mientras que entre los que se autoperceben como adulto-si la asociación es aceptable y la relación estadística es bastante significativa: *Chi-S*: 22,89, $p= 0,0008$, *Coef. Cont.*: 0,36; *Cramer's V*: 0,28. Cuando se incluye a toda la muestra en el análisis, no hay relación significativa entre el modo en que se consideran tratados por su familia y la declaración de la identidad autopercebida, sea considerando los tres o los cuatro grupos de identidad.

Los que se perciben como *adulto-si* ven confirmada su identidad por el trato que reciben en su familia, la mayoría son tratados como son o como mayores de lo que son y se sienten, al tiempo que consideran que sus padres les tienen más en cuenta a la hora de informar y tener en cuenta sus opiniones sobre asuntos importantes de la vida familiar.

Resultados cualitativos

1.- La autopercepción de la identidad como adolescente

Para el análisis cualitativo de los criterios expuestos por quienes se autoperceben como “adolescentes” se han tenido en cuenta al grupo de 78 sujetos, el 34,1% del total de los encuestados, que a la pregunta “te consideras un adolescente” contestaron si. Se han admitido como válidas 164 unidades de contenido, que han sido agrupadas en 8 categorías y posteriormente ordenadas de mayor a menor, según las frecuencias registradas, para así determinar el peso o la importancia que tendría cada categoría en el conjunto de las razones que les lleva a los sujetos a autopercebirse como adolescentes.

El criterio principal (35,9%) que manifiestan quienes se consideran adolescentes en la década de los 20 años es la categoría denominada *cualidades psicológicas individuales*. Las 59 unidades de contenido admitidas en este apartado se pueden clasificar a su vez en dos subgrupos. 1.- Cualidades negativas (22,5%) que son aquellas que se expresan en términos negativos o como carencias y cualidades incompletas y que en su conjunto pueden formar parte de la inmadurez psicológica: inmaduro, inquieto, inseguro, indeciso, inestable, falta de autonomía, identidad no formada,

etc. 2.- Cualidades positivas (13,4%) como entusiasmo, alegría, vitalidad, optimismo, forma de pensar y ciertas actitudes ante la vida.

El 2º grupo de respuestas (17%) de la identidad adolescente está asociada a un *estilo de comportamiento propio* en el que sobresale el interés por relacionarse con sus iguales, buscar la diversión con ellos, no tomarse la vida demasiado en serio y hacer alguna locura. En tercer lugar, la percepción de la dependencia (15,8%) principalmente de tipo familiar y económica que dificulta la independencia residencial. *La falta de responsabilidad* aparece en cuarto lugar (9,7%). Los adolescentes sienten que tienen pocas o no grandes o no serias responsabilidades. En el quinto lugar se han incluido las metas y aspiraciones (6,7%) donde destaca el interés por seguir siendo adolescente, retrasar la toma de responsabilidades, seguir explorando el mundo y pasarlo bien con los amigos. En los últimos lugares de la clasificación aparecen las razones de la autopercepción de la adolescencia por lo que hace, estudiar y seguir formándose (5,4%), la edad que tiene (4,8%) y la falta de trabajo remunerado (4,2%).

Los adolescentes en la década de los 20 años saben que su etapa del desarrollo siguiente es la adultez y tienen algunas creencias de lo que puede ocurrir, cambiar o mejorar para abandonar la identidad adolescente y adquirir la identidad adulta. Se recogieron 115 unidades de contenido que respondían a la pregunta de *qué debe cambiar, mejorar u ocurrir para que llegue a ser adulto*. Los adolescentes creen que alcanzar la adultez es principalmente un proceso de *mejora de las cualidades psicológicas* (45%), lo cual implica maduración psicológica, autonomía personal, tener una personalidad más estable, ser más responsable, menos impulsivo, tener las ideas más claras y las capacidades suficientes para solucionar por sí mismo los problemas y para tomar decisiones con responsabilidad. En segundo lugar deben tener *independencia familiar y económica* (17,3%), la cual puede ser consecuencia de tener un *trabajo remunerado* (15,6%), señalado en el tercer lugar de importancia; en cuarto lugar *tener responsabilidades* mayores y más importantes (12,1%), *formar una familia* ocupa el quinto lugar (6,9%) y en último lugar *tener más edad* (2,6%) es lo que les llevará a la adultez.

2.- La autopercepción de la identidad como adulto

151 sujetos, el 67,4% del total, contestaron que no se consideraban adolescentes y si se consideraban adultos. Las razones que expusieron para explicar estas dos respuestas generaron 736 unidades de contenido válidas, que fueron agrupadas en 11 categorías. La categoría que más se relaciona con la adultez es la *responsabilidad* (26,9%), que significa *tener más responsabilidades* (16,3%) familiares, laborales, económicas, tener obligaciones y compromisos y *ser responsable* (10,5%) en lo que hace, para consigo mismo y para con los demás. Le sigue en importancia las *cualidades de la personalidad* (19,2%) que incluye la madurez como la característica más citada (7,6%) y un conjunto de *cualidades psicológicas* (11,6%) donde destacan la confianza y la seguridad consigo mismo, ser consecuente, seriedad, reflexividad y la capacidad de afrontar los asuntos personales. Ocupa el tercer lugar la conciencia de un *estilo de pensamiento* (14,5%) con contenidos y procesos propios de la adultez y distintos del adolescente, en el que destacan cinco características: *Ideas y objetivos claros*, el adulto sabe lo que quiere; *orientado hacia su futuro* de vida; basado en el *razonamiento* y no en las emociones, y *realista*, es decir ajustado a lo que es

posible, es adecuado y es necesario en mayor medida que en ideales e ilusiones, y con *intereses propios* de adulto: formar una familia, trabajar, ser autónomo, con conciencia de su medio. El cuarto lugar corresponde a la categoría de *la independencia* (14%) que comprende, por un lado, *tener independencia* residencial, económica y familiar y, por el otro, *sentirse independiente* y autónomo. Considera en quinto lugar que la identidad adulta está justificada por la capacidad de *tomar decisiones* (7,3%) propias de adulto, con autonomía de pensamiento para decidir sobre los asuntos que le afectan a sí mismo y a su futuro. En sexto puesto se encuentra la categoría *relaciones sociales* (4,2%), que expresa no sólo la frecuencia y el trato con otras personas adultas a las que comprende mejor y con las que se asemeja e identifica, sino que capta que los otros le tratan como adulto y le tienen en cuenta, aunque en ocasiones su autonomía de pensamiento le lleva a no preocuparse por el efecto que tenga en los demás su forma de comportarse o sus opiniones. Los adultos se perciben en séptimo lugar por su *forma de comportarse propia* de adultos (4%), distinta de la etapa anterior, la adolescencia, con cambios en la gestión del ocio y disfrutando de él sin necesidad de hacer “locuras”. *La edad* (2,8%) es un elemento de referencia de la identidad adulta en octavo lugar. La finalización de la formación y específicamente el *trabajo remunerado* (2,7%) es un aspecto también importante que ocupa el noveno lugar de importancia. Algunos adultos se identifican como adultos en el décimo lugar por haber tenido un monto de *experiencias* (2,7%) y por haber vivido determinadas experiencias que le han hecho madurar. El último y undécimo lugar lo ocupa el *tener una familia propia* (1,2%) que incluye vivir en pareja, estar casado y en algunos casos tener un hijo.

Conclusiones

Los resultados confirman que en la década de los 20 a los 30 años se solapan cuatro formas de percibir la identidad propia: adolescente, adulto, ni adolescente ni adulto, en parte adolescente y en parte adulto, lo cual indica que la construcción de la identidad adulta es un proceso que evoluciona a ritmos diferentes según las personas implicadas. Después de la adolescencia, una tercera parte de los jóvenes pasan por una fase de “identidad en transición” o difusa, que puede coincidir con la denominada adultez emergente (Arnett, 2000). La adolescencia se puede prolongar hasta el final de los 20 años, mientras que a los 19 años algunos ya se sienten adultos, pero el paso de los años es un factor que influye en la tendencia a ir progresivamente tomando la identidad adulta, al menos en cuanto indicador de la progresiva independencia, maduración psicológica y asunción de responsabilidades, en definitiva de los constantes ajustes que son normales en las transiciones evolutivas. Pero el paso de la adolescencia a la edad adulta tiene unos perfiles a menudo difusos y es el propio sujeto más que los roles sociales y las condiciones de vida quien prefiere continuar con la adolescencia o avanzar hacia la adultez (Vultur, 2005).

Aunque las tasas de ocupación laboral de la muestra son inferiores a las reflejadas en las estadísticas oficiales (el Observatorio Vasco de la Juventud señala que en el 2007 había casi un 48% de jóvenes de entre 15 y 29 años ocupados laboralmente), la tendencia general es que el incremento del trabajo remunerado está relacionados con la identidad adulta. En cambio, la ausencia de responsabilidades familiares no

parece influir en los distintos tipos de identidad. La edad, el género y los factores psicosociales más o menos normativos como la ocupación laboral y las responsabilidades familiares no son suficientes ni determinantes de la madurez psicológica y la identidad adulta (Serra, Gómez, Pérez-Blasco y Zacarés, 1998; Torres y Zacarés, 2004).

Considerando conjuntamente las respuestas *me tratan como igual y mayor* como indicadores de formas de trato social positivas para la identidad personal y el bienestar subjetivo, en comparación con ser tratado como *menor* como forma de trato social negativa, se puede concluir que es en el ámbito de los grupos de iguales y de amistad donde los jóvenes sienten que son notablemente mejor tratados que en otros ámbitos de relación como el educativo, el laboral, el familiar y el comunitario. Es en éste último ámbito donde se perciben las puntuaciones más extremas: mayor porcentaje de quienes sienten que son tratados como “mayores” y donde más jóvenes sienten que se les trata como “menores”. Estos datos contribuyen a explicar por qué los jóvenes frecuentan y valoran las relaciones con sus iguales y por qué se sienten incomprendidos, o no suficientemente bien tratados, por personas de la comunidad con las que no mantienen relaciones cercanas.

En las relaciones familiares, más de la tercera parte de los encuestados considera que no se le consulta apenas sobre asuntos importantes de la vida familiar, tal vez no se le informa adecuadamente, y cree que su opinión no es tenida en cuenta suficientemente, lo cual puede significar que los padres adultos no les consideran como poseedores de un estatus semejante al suyo. Los que se autoperciben como adultos confirman su identidad con el trato familiar y, en consecuencia, son consultados y sus opiniones tenidas en cuenta. Sin embargo, tomados los datos en su conjunto, no parece que las distintas formas de ser tratados en el ambiente familiar, en el escolar o laboral, entre los amigos o en la comunidad, tengan relación con las distintas autopercepciones de la identidad.

Los perfiles identitarios de los adolescentes y los adultos permiten establecer algunas comparaciones. En primer lugar, el adolescente se autodefine por *carencias*, por lo que le falta, y percibe el proceso hacia la adultez como las ganancias que obtendrá, mientras que el adulto se autodefine por lo que es, por lo que *tiene* y siente en sí mismo, consciente de haber llegado a una meta clave del desarrollo. Así se puede establecer la comparación entre la *inmadurez* del adolescente y la madurez psicológica del adulto, señalando que el adulto ya ha crecido psicológicamente aunque con cierto retraso respecto al crecimiento biológico. El adolescente se define por la *dependencia* en todos los sentidos mientras que el adulto se percibe claramente como persona autónoma e *independiente*, aunque aún no haya alcanzado la independencia económica y siga viviendo con sus padres. Estas dependencias “materiales” no son un obstáculo a su independencia para asumir la dirección de su vida. El adolescente *no tiene responsabilidades* y demora lo más posible el tenerlas (Pappámikail, 2005), en cambio el adulto no sólo *tiene más y mayores responsabilidades* que antes sino que se percibe como persona responsable. El adolescente vive el presente y quiere disfrutar de él, *divirtiéndose, actuando a impulsos* y con cierta dosis de *idealismo* en sus planteamientos, mientras que el adulto vive orientado hacia el futuro, se apoya en la razón y planifica su vida con *seriedad y realismo*. Estas diferencias pue-

den estar condicionadas por la realidad sociológica española y el papel del los padres en la prolongación de las relaciones de dependencia (Gaviria, 2007).

Los resultados confirman que, al menos en el entorno sociocultural de la Comunidad Autónoma Vasca, y por extensión en algunos países del sur de Europa, sí es posible autoperibirse como adulto sin ser plenamente independiente (Gaviria, 2007; Hoffman, Paris y Hall, 1996). La realidad sociológica de los jóvenes es muy variada en cuanto a si trabajan, estudian, con quién vive, si tienen relaciones de pareja estable o tienen hijos, pero la dependencia económica, vivir con los padres, no tener trabajo remunerado ni formada una familia no impide que en la década de los 20 años muchos jóvenes se sientan independientes mental y emocionalmente, con la madurez psicológica suficiente como para autodeterminarse en los asuntos que le son propios, con una forma de pensar, actuar y juzgar los acontecimientos netamente distinta de los adolescentes y semejante a lo que se considera propio de la adultez. La autonomía en la gestión de sus vidas es el correlato de la disminución del control externo, social e institucional (Arnett, 2006), pero durante la década de los 20 años es compatible la autonomía personal con la dependencia familiar y económica (Cicchetti y Merico, 2005) dando lugar a un desfase entre la percepción de la identidad adulta y la independencia residencial, económica y emocional. Incluso se podría decir que la autonomización es un proceso que se desarrolla en el interior de la familia antes de la independencia más completa (Serra, Gómez, Pérez y Zacarés, 1998; Van de Velde, 2005).

Los que se consideran adultos tienen por término medio una edad superior, pero sentirse adolescente, adulto o tener una identidad no claramente definida no es principalmente una cuestión de edad ni de cambio de estatuto, sino un proceso subjetivo e individual en el desarrollo del yo individual orientado hacia la madurez psicológica (Arnett, 2006; Pappámikail, 2005; Zacarés, 1994). Ciertamente las experiencias que se van acumulando y la asunción de nuevos roles sociales se realiza unos años más tarde que en décadas pasadas, pero lo determinante de sentirse adulto es la disposición a dirigir su vida con cordura, seriedad, responsabilidad y confianza en sí mismo, a sentirse adulto entre adultos, no tanto las responsabilidades mayores que poco a poco va asumiendo.

Los resultados de la investigación tienen al menos dos limitaciones. Por un lado, cuando las unidades de contenido son una palabra o una frases corta se corre el riesgo de no asimilar todo el mensaje del encuestado, y por lo tanto, la asignación de unidades a categorías conlleva un margen de imprecisión y subjetividad. Por el otro, la insuficiente representatividad de los jóvenes en la muestra utilizada. Por consiguiente, es necesario ampliar las investigaciones a muestras representativas de todas las situaciones educativas, laborales, residenciales, familiares que existen en la población juvenil. En el plano teórico sería interesante profundizar en las razones de la simultaneidad de trayectorias diferentes en contextos sociales semejantes y la posible reversibilidad o *trayectorias yo-yo* (Cicchelli y Merico, 2005), así como en las potenciales fuentes de estrés asociadas a las diferentes transiciones evolutivas de la adolescencia a la edad adulta.

Referencias bibliográficas

- Albert Gómez, M.J. (2007). *La Investigación Educativa. Claves teóricas*. Madrid: McGraw-Hill
- Arnett, J.J. (2000). Emerging adulthood: A theory of development from the late teens through the twenties. *American Psychology*. Vol. 55, (5), 469-480
- Arnett, J.J. (2006). The Psychology of emerging adulthood: What is known and what remains to be known En J.J. Arnett y J. Lynn Tanner (eds.), *Emerging adults in America. Coming of age in the 21st century*. pp. 303-330. Washington: American Psychological Association Press
- Arnett, J.J. (2007). The long and leisurely route: coming of age in Europe today. *Current History*. 130-136. www.jeffreyarnett.com/articles.htm
- Cichelli, V. (2001). *La construcción de l'autonomie. Parents et jeunes adultes face aux études*. París: PUF.
- Cichelli, V. y Merico, M. (2005). Estudio del paso a la edad adulta de los italianos: Entre atravesar los umbrales de forma ordenada y la individualización de las trayectorias biográficas. *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 69-81.
- Clemente, A., Córdoba, A.I. y Gimeno, A. (2002). El control de las experiencias vitales a lo largo de la vida. En M.I. Fajardo y otros (eds.) *Necesidades Educativas Especiales. Familia y Educación*. (pp. 411-416). Badajoz: PSI-COEX.
- Craig, G. (1988). *Desarrollo Psicológico*. México: Prentice-Hall Hispanoamericana.
- Dávila León, O. (2004). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última Década* (online). vol. 12, (21), 83-104. (citado 10 Diciembre 2007) www.Cielo.cl/scielo.php?ASSN=0718-2236.
- Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes*. Barcelona: Seix Barral.
- Gaviria, S. (2007). *Juventud y familia en Francia y en España*. Madrid: CIS
- Gentile, A. (2006). *Una precaria transición a la edad adulta: Inestabilidad laboral y límites del régimen familista de Estado de Bienestar. El caso de España*. Unidad de Políticas Comparadas. Documento de trabajo 06-02. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Madrid
- Hoffman, L. Paris, S. y Hall, E. (1996). *Psicología del desarrollo hoy*. Vol. I y II. Madrid: McGraw-Hill.
- Pappámikail, L. (2005). Sentidos de la edad adulta: juventud y cambio social en el Portugal contemporáneo. *Revista de Estudios de Juventud*, nº 71, 43-55. Madrid: Injuve.
- Pérez Amador, J. y Echarri, C.J. (2007). En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México. *Estudios demográficos y urbanos*, Vol. 22, (1), 43-77
- Perez Blasco, J. (1999). *Transiciones en el desarrollo adulto*. Valencia: Promolibro.

- Rusconi, A. (2005). Irse de casa en Alemania: ¿Una nueva vía hacia la independencia? *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 97-110.
- Schaie, K.W. y Willis, S.L. (2003). *Psicología de la edad adulta y la vejez*. Madrid. Pearson Educación.
- Serra, E.; Gómez, L.; Pérez, J. y Zacarés, J. (1998). Hacerse adulto en familia: una oportunidad para la madurez. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (coords.): *Familia y desarrollo humano*. (pp 141-160). Madrid: Alianza Editorial.
- Torres, F. y Zacarés, J.J. (2004). La adultez emergente: ¿Una nueva fase en el ciclo vital? *IV Congreso Internacional de Psicología y Educación "Calidad Educativa: Intervención Psicoeducativa en desarrollo*. pp. 713-724. Almería.
- Uriarte Arciniega, J.D. (2005). En la transición a la vida adulta. Los adultos emergentes". I. Ruiz, F. Vicente (eds.): *Necesidades Educativas Específicas: ¿hay respuestas?* Actas del XII Congreso INFAD. pp.145-160. Santander.
- Van de Velde, C. (2005). La entrada en la vida adulta. Una comparación europea. *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 57-67.
- Vultur, M. (2005). Las estructuras difuminadas de la edad adulta: transformación de las relaciones sociales y "prolongamiento de la juventud" en Rumanía. *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 83-95.
- Zacarés, J.J. (1994). *Madurez Psicológica: Un análisis teórico y empírico de un constructo evolutivo*. Tesis doctoral. Universitat de València.
- Zacarés, J.J. y Serra, E. (1995). La madurez psicológica desde la perspectiva legal: análisis del prototipo de persona madura en una muestra de adultos. *Psicologemas*, 9 (18), 165-200
- Zacarés, J.J. y Serra, E. (1996). Creencias sobre la madurez psicológica y desarrollo adulto. *Anales de psicología*, 12 (1), 41-60
- Zacarés, J.J. y Serra, E. (1998). *La madurez personal: Perspectivas desde la psicología*. Madrid: Pirámide

Juan de Dios Uriarte Arciniega. Doctor en Psicología. Profesor Titular del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad del País Vasco / EHU. Áreas de investigación actuales: La transición a la edad adulta. Desarrollo y Educación en Contextos Desfavorecidos. La resiliencia.

Fecha de recepción: 11/06/2007

Fecha de aceptación: 24/10/2007